

LA NOVELA
CINEMATOGRÁFICA SEMANAL
MODERNA



Nº

508

MAX SCHMELLING

OLGA TCHEKOWA

EL AMOR EN EL RING

SCHÜNZEL, Reinhold

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: Pasaje de la Paz, 10 bis
Francisco - Mario Bistagne TELÉFONO 18551

Año IX BARCELONA N.º 508

* Liebe im Ring, 1930

El amor en el ring

Asunto deportivo, interpretado por
el campeón del mundo de boxeo,
Max Schmeling y la «estrella»
Olga Tschekowa

Tschekowa

*

Exclusiva de

Febrer y Blay

Pasaje de la Paz, 8 BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
DOROTHY JORDAN

* Screen "Serie" Lorraine; 338, 95,
117, 255, 323



Prohibida la
reproducción



El amor en el ring

Argumento de la película

I

Era el día del mercado semanal. Max ayudaba a su madre en las tareas del puesto de hortalizas, e Hilda colaboraba con su padre en la tarea de atender a su puesto de pescado.

Max e Hilda eran primos. Pero por lo visto este parentesco les parecía poca cosa y comenzaban a reforzarlo con los lazos del amor.

Fué un buen día. Hubo mucha venta. Y Max decidió celebrarlo de algún modo. ¿Cómo? Para Max fué sumamente fácil encontrar la solución. Antes de recoger se fué al puesto de Hilda y la

convenció de que aquella noche debían ir juntos a algún espectáculo.

—Al circo, por ejemplo—dijo Max.

—A mí me gustan más las *varietés*.

—Pues iremos adonde haya *varietés*. Pero a mí me hubiera gustado ir al circo para ver a los atletas, a esos hombres que doblan una barra de hierro o levantan a pulso pesos enormes.

—¡Claro! Como eres un hombre fuerte sólo piensas en esos ejercicios.

En efecto, Max era un hombre fuerte. Alto, fornido, en la plenitud de su vida y de su vigor, daba la sensación de uno de esos atletas ágiles, sin deformaciones musculares, que se exhiben en los rings durante los combates de boxeo.

Aquella noche, salieron los dos primos del brazo sin saber adónde dirigirse. Desde luego no saldrían del barrio, pues los espectáculos del centro de la ciudad eran caros y estaban demasiado lejos.

En una de las callejas de la barriada atrajo la atención de los dos un cartel y una luz que denotaban la existencia de un espectáculo. Y, al comprobar que se trataba de un teatrillo de *varietés* y que las localidades eran baratas, entraron sin vacilar.

Aquella sala de espectáculos tenía tanto de teatro como de cabaret, y tanto de cabaret como de tabernucho. Unas cuantas mesas un tanto grasientas llenaban lo que pretendía ser el pa-

tio de butacas y por las paredes corría una línea de palcos que más bien parecían balcones de casa vieja.

Abajo y arriba se veía un público heterogéneo, cuya mayor parte estaba formada por gentes de humilde condición, y, aquí y allá, destacaba el rostro maquillado de alguna desventurada con pretensiones de *cocotte*.

Los números tenían muy poco de arte, pero a Hilda, acostumbrada a conformarse con poco, le parecieron casi una maravilla.

También los gustos de Max fueron atendidos, al aparecer en el escenario un artista que se titulaba campeón universal de la fuerza y que después de realizar algunos ejercicios asombrosos, lanzó al público el siguiente reto:

—El campeón universal de fuerza y destreza, señor Varoni, condecorado setecientas cincuenta veces y que ha trabajado ante todos los reyes, emperadores y presidentes de república del mundo, ofrece la cantidad de cien marcos a quien le venza en un combate de boxeo. El premio será entregado en el acto en presencia del distinguido y respetable público. Si entre las personas que nos honran con su presencia hay alguna que deseé luchar por el premio, puede pasar al escenario.

Sin que Hilda lo pudiera evitar, Max se presentó en el escenario.

El monstruoso señor Varoni le miró de arriba abajo con un gesto entre burlón y compasivo

y el público aplaudió la valentía de aquel simpático muchacho que con la mayor naturalidad del mundo ofrecía su cuerpo a los puños del Hércules.

Max no sabía una iota de boxeo. Por eso al señor Varoni le fué fácil alcanzarle el rostro con un puñetazo de prueba. Y fué lo asombroso que Max lo encajó sin pestañear, abalanzándose acto seguido contra el atleta profesional, al que, sin ciencia ni método, propinó dos buenos puñetazos.

El público aplaudió entusiasmado y comenzó a animar al simpático mozo con gritos ensordecedores. Hilda era la única que no sentía entusiasmo ninguno. Sufría como si fuera su propia cabeza la que hubiera recibido aquel primer golpe que no era más que el anuncio de otros más formidables. Y cerca de ella había un caballero bien trajeado y con aire de ricachón que había pasado la noche hablando con un amigo y que, de pronto, demostró sentir un vivo interés por lo que ocurría en el escenario.

El entusiasmo del público decreció considerablemente cuando el señor Varoni volvió a llegar al rostro de Max, esta vez con tanta fuerza, que el muchacho rodó por el tapiz, pero otra vez volvió a brotar de la sala un rumor de asombro y contento al ver que el bravo muchacho se levantaba, lanzándose a una furiosa contraofensiva.

Esto se repitió varias veces. La destreza del

profesional podía más que la bravura del temerario espectador. Max pegaba en vano y en cambio se encontraba los puños del rival por todas partes. De vez en cuando recibía un puñetazo tan tremendo, que Hilda pensaba: "Lo ha matado", pero Max, aunque tambaleándose, se levantaba y se arrojaba sobre su rival. Entonces el público aplaudía y vociferaba frenéticamente y el caballero bien trajeado abría tanto los ojos que parecía como si fueran a salírsele de las órbitas.

Por fin, Max cayó y permaneció en la alfombra el tiempo reglamentario, mientras el Hércules, sudoroso y jadeante, le miraba con asombro, como queriendo decir: "Ya estaba viendo que iba a quedar k. o. a fuerza de pegarte".

Levantaron a Max y éste cruzó la sala tambaleándose y entre los aplausos del público.

Hilda fué a su encuentro y lo cogió del brazo.

—¡Qué loco eres, Max! ¿Por qué has hecho eso?

Pero Max no contestaba. Estaba todavía bajo los efectos de los repetidos y formidables mazazos.

Al llegar a la puerta, el caballero bien trajeado y su amigo les detuvieron y aquél sacó un billete que ofreció a Max al mismo tiempo que le decía:

—Tenga usted. Se ha ganado sobradamente los cien marcos.

Y como Max los rechazara, el caballero se los introdujo en el bolsillo.

Después dijo a Hilda:

—Este muchacho ha estado admirable. ¿Quiere usted decirme cómo se llama y dónde vive?

Hilda le dió el nombre y las señas de Max y el caballero apuntó ambas cosas en un pequeño bloc.

Así terminó aquel día que había de ser para Max memorable.

II

Estaba en su cuarto, curándose la herida que el señor Varoni le había producido en el pómulo izquierdo, cuando entró su madre.

La buena mujer quedó asombrada al ver que encima de la mesa había un billete de cien marcos y el asombro se convirtió en inquietud al advertir que Max estaba herido.

—¿Qué significa esto? ¿Qué ha pasado?

Pero antes de que Max pudiera responder, sonó el timbre de la puerta y la atribulada señora tuvo que salir a abrir.

Eran el caballero bien trajeado y su inseparable amigo.

Preguntaron por Max. Tenían necesidad de hablar con él. La pobre mujer relacionó aquella visita con el estado de Max y, angustiada, corrió a comunicárselo.

—Te buscan, Max. Debe de ser la policía.

Max la miró con extrañeza. ¿Qué querría la policía de él?

Pasó al comedor, pues allí le esperaban los visitantes, y vió que el rostro de uno de ellos no le era desconocido. Pero ¿de dónde y de qué le recordaba? Un recuerdo vago, como el que nos queda de los sueños.

—¡Hola, joven! —dijo aquel hombre cuyo semblante trataba en vano de recordar. Y añadió teniéndole la mano afablemente: —¿Qué tal va esa salud después de lo de anoche?

—¡Ahora comprendo! —exclamó Max—. Usted estaba anoche en el teatro y de eso le recuerdo.

—Ya lo creo que estaba! Por eso pude verle a usted y descubrir lo que he descubierto.

Max se encogió de hombros. No comprendía qué podía haber descubierto en él aquel caballero.

—Sí, joven. He descubierto en usted un futuro campeón de boxeo y vengo a ofrecerle la fortuna. Si usted se deja guiar por mí le aseguro que le hago millonario en poco tiempo. Firme usted aquí.

Y el caballero sacó un papel y se lo ofreció a Max.

—¿Para qué quiere usted que firme? —inquirió Max con aquel tono de ruda ingenuidad que era en él característico.

—Si usted firma en este documento se compromete a dejarse hacer boxeador por mí y a pelear bajo mi administración durante cinco

años, dándome un cuarenta por ciento de sus ingresos. Yo seré su *manager*.

—¿Tengo que darle algo adelantado? —preguntó Max recelosamente.

—Al contrario — repuso el caballero—. Si



—Firme usted aquí.

usted firma yo le doy inmediatamente quinientos marcos a cuenta de sus ganancias y además le compraré todo lo necesario para sus entrenamientos y para aparecer en público, cosa que será muy pronto.

—¿Dice usted que me dará quinientos marcos?

—Como éstos—repuso el caballero echando mano a la cartera.

Entonces Max tiró del tapete que cubría la mesa y con el tapete fué al suelo todo lo que sobre él había. Colocó el documento en el centro. Pidió la estilográfica al que iba a ser su *manager* y, apoyando en la mesa su corpachón, echó un firma que media cerca de palmo y medio.

El *manager* se guardó el documento, rebosante de satisfacción, y de pronto fijó en Max una dura mirada.

—Bueno, joven; ahora has de obedecerme como un soldado a su capitán. Nada de beber, nada de mujeres. Hay que acostarse a las nueve. Y todas las mañanas, a las siete, en el campo de entrenamiento. Sólo así podremos llegar a ser millonarios los dos.

* * *

Max iba a celebrar el primer match de categoría. Una enorme sala circular llena de público. A cincuenta marcos las primeras filas de sillas de ring. Micrófonos para transmitir el combate por radio. Como contrincante del campeón Sudamérica.

Y había otro detalle revelador de la importancia del match. En las primeras filas se veía una dama elegantísima y de belleza deslumbradora. Las joyas refulgían como soles en su cuello

y en sus brazos. Y sus ojos brillaban más que las joyas, con destellos atormentadores.

Era Lilian, una gran *cocotte* que había seguido una carrera inversa a la que suelen seguir las mujeres de su clase. Ella, en el principio, cuando no tenía amistades que la protegieran, tuvo que recurrir al cabaret de baja estofa, pero después su belleza excepcional fué facilitándole la subida de la pendiente.

Además de su belleza, tenía un arma más poderosa aún: su formidable poder de seducción. Cuando aquellos ojos se entornaban y todo el cuerpo se retorcía como una infernal ballesta, y sus labios se entreabrían como para sorber besos, se comprendía que el amante de turno no vacilara en dar a aquella mujer todo lo que le pidiese con tal de poseerla.

Apareció Max en el ring y oyó una salva de aplausos. Pero este recibimiento no fué nada, comparado con el que se le hizo al famoso campeón de Sudamérica.

Después de los preparativos reglamentarios se hizo un silencio sepulcral, y sonó el gongo.

Inmediatamente, Max se abalanzó sobre su adversario y comenzó el ataque.

El campeón, hombre ducho en las lides pugilísticas, burlaba los puños de su contrincante hábilmente, pero algunos golpes llegaron a su destino y entonces se convenció de que si no se aprestaba a quitarse aquel hombre de encima podía darle un serio disgusto.

Se empleó a fondo y alcanzó las mandíbulas de Max con potentes ganchos. Y con eso sólo consiguió acabar de desmoralizarse, pues Max encajó los golpes con impresionante frialdad.

A la mitad del round ya estaba clara la victoria de Max, el cual, en medio de una ovación estruendosa, se abalanzó sobre su adversario, dispuesto a abatirlo y estuvo descargándole terribles golpes hasta que lo consiguió.

El público, puesto en pie, aplaudía y vociferaba frenéticamente, y los que estaban cerca de Lilian vieron cómo sus ojos se entornaban con una mezcla de deseo y de admiración y cómo su pecho se mecía impulsado por oleadas de sensualidad.

III

En un bar cercano al circo donde se había celebrado el match se reunió Max con su *manager* y sus amigos, para celebrar la victoria.

Y mientras tanto se oían brindis y felicitaciones, fuera merodeaba Lilian, acompañada de unos hombres de sospechosa catadura.

—Habéis comprendido bien lo que os he dicho? —preguntó Lilian.

—Perfectamente.

—Pues, mucho cuidado, que puede salir de un momento a otro.

Entre los que dentro estaban reunidos, el más emocionado era el *manager*.

—Si sigues así, vamos a ganar el dinero a camiones. Eres lo más grande que ha pisado el ring y me dejo cortar la cabeza si no hago de ti un campeón del mundo. Tus puños valen más que dos ametralladoras. Toma, hijo mío. Bébete este vaso de cerveza. Esta noche te consiento que hagas locuras.

A Max le supo a gloria aquel líquido que no había probado desde el día en que puso la firma debajo del documento que le ofreció el *manager*. Hizo que le volvieran a llenar el vaso inmediatamente y lo vació con el mismo deleite.

—Gracias a Dios que este maldito viejo me deja hacer una cosa de mi gusto — exclamó Max—. Muchacho, tráete una jarra más voluminosa que mi sin par *manager*.

Pero, de pronto, se les ocurrió a sus amigos pedirle que pronunciara un discurso, y, como eso era sumamente difícil para Max, decidió marcharse, pues en su casa le estaban esperando.

Se dirigió a la puerta.

Apenas pisó la acera, Lilian y sus cómplices, que estaban prevenidos, comenzaron la comedia.

Max vió cómo sobre la dama se abalanzaban dos individuos en tanto otro permanecía vigilando.

Echó a correr y, cuando llegó al lugar del suceso, comenzó a repartir puñetazos de todas las marcas. Se hizo la cuenta de que se estaba entrenando con cuatro entrenadores a la vez, y como éstos no estaban acostumbrados a encajar golpes, pronto rodaron por el suelo con tanta propiedad como pelotas de fútbol.

—¡Oh, gracias! —dijo Lilian, apoyándose miedosamente en el pecho del atleta—. Me ha salvado usted la vida.

Max que, cumpliendo órdenes de su *manager*,

no había mirado a una mujer desde que comenzara su carrera, se estremeció al sentir el contacto de aquel divino cuerpo, el roce en sus labios de aquel cabello perfumado, el aroma de mujer y de juventud, de carne fresca como una rosa, que se desprendía de toda ella.

—Ahí viene un taxi. Tómelo. Está usted muy agitada.

Ella levantó sus ojos y los fijó en los de Max para decir con voz trémula:

—No me deje usted sola. Tengo miedo.

Y Max sintió que aquella mirada le cegaba y le aturdía, comunicando a todo su cuerpo una profunda sensualidad que le envolvió como una ráfaga.

El auto se había detenido junto a la acera y Max condujo a la dama hacia el coche. Subió ella. El permanecía en pie junto al estribo, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

Y entonces se vió cómo en la sombra de la noche brillaba una blanca y enjoyada mano, como esta mano cogía el brazo de Max y cómo tiraba de él, sin que el atleta, aquel hombre cuyos puños acababan de derribar a un campeón, tuviera fuerzas para rechaazarla.

* * *

Max quedó deslumbrado al ver la suntuosidad con que Lilian—en el auto le había dicho su nombre—tenía arreglado su nido.

El había intentado despedirse a la puerta, pero ella se empeñó en que subiera a tomar una taza de té, y Lilian pedía las cosas de modo que no era posible desobedecerla.

La luz se filtraba a través de las pantallas de seda y espaciaba por el coquetón saloncito un resplandor suave y dulce que lo sumía todo en una tonalidad de ensueño.

Lilian se dejó caer con indolencia en la chaise-longue y le invitó a él a que se sentara, cosa que Max hizo tímidamente en un sillón bastante apartado del asiento de Lilian.

Permanecía allí encogido, inmóvil, sin atreverse ni siquiera a mirar a Lilian, cuyos ojos permanecían fijos en los suyos.

Ella cogió un pitillo de una cajita de plata que había sobre el velador y le invitó a él a que hiciera lo mismo. Pero Max balbuceó una excusa. Entonces Lilian le suplicó le acercara la cerillera, y el boxeador no tuvo más remedio que moverse, y, lo que era peor aun, que acercarse a ella.

El se acercó con el ánimo de volver a su apartado sillón, pero ella no le dejó marchar. Tiró de su brazo, le obligó a que se sentara a su lado y pasó un brazo por sus hombros.

Max tembló, pero no ya por efecto de la turberación, sino por impulso de la carne. Volvió la cabeza decidido y sus labios se encontraron con los de Lilian y sus ojos con los ojos de ella. Entonces, los brazos robustos del boxeador, rodea-

ron con todo su vigor el cuerpo de la bella y sorbió en un beso su alma.

Y a aquel beso siguió otro. Y después siguie-



...y pasó un brazo por sus hombros.

ron muchos, tantos, que fueron como un único e interminable beso con brevísimas interrupciones.

* * *

En casa de Max todo estaba preparado para celebrar el éxito.

Hilda había hecho un pastel descomunal, sobre el cual se leía:

"Al vencedor."

Y esto no era más que una insignificante parte del menú, succulento y abundante, como un banquete real.

El padre de Hilda trajo la noticia de la victoria.

Entró como una tromba en la casa.

—¡Ha vencido, ha vencido!—comenzó a gritar, desde que puso el pie en la primera grada de la escalera.

Hilda lloró de alegría y corrió a sacar el pastel y todo lo demás a la mesa, por si se presentaba inopinadamente. Era natural que después de la gran victoria anhelara encontrarse entre los suyos.

—Pero también el pobrecito Max habrá recibido muchos golpes. ¿Verdad?—preguntó la madre en tono lastimero.

—¿Recibir? Ni uno.... Mira. No ha hecho más que salir y se ha abalanzado sobre el sudamericano como una fiera. El campeón ha esquivado

la mayoría de los golpes, pero no ha podido librarse de dos ganchos de Max. ¡Uno y dos!

Y al mismo tiempo dió dos ganchos en el aire, pero tan cerca de las narices de su prima, que la feliz señora tuvo que dar un salto atrás para no ser alcanzada.

—Entonces el otro se ha arrojado sobre Max, dispuesto a jugarse el todo por el todo, pero Max ni siquiera se ha movido del sitio. Y otra vez ha iniciado Max el ataque. ¡Y qué ataque! ¡Zas!: golpe en el estómago. ¡Pim pum!: un gancho y un directo. ¡Cataplúm!: el golpe de gracia. Y el sudamericano ha caído en la lona hecho un atún. ¡No quieras saber la ovación que se ha llevado!

Y, jadeante, cogió una botella de coñac que había sobre la mesa y se zampó una copa. Sólo así podría soportar la emoción, de la que Hilda y la madre del héroe se habían contagiado.

Pero pasaba el tiempo y Max no llegaba. Su tío trató de disculparle. Después de lo que había hecho era natural que los amigos y los periodistas no le dejaran libre.

Pero dieron las doce y media, sonó la una, pasó otra media hora más y Max no volvía.

Entonces, el tío, al que la emoción había abierto el apetito enormemente, hincó el diente al pollo asado.

Hilda y la madre de Max se limitaron a verlo comer, tristemente...

IV

En el gimnasio, esperaban impacientes los cuidadores de Max.

—Cada día viene más tarde—dijo uno.

—Eso el día que viene—repuso el otro.

—Son las diez y estoy seguro de que todavía está en la cama.

Por fin se presentó Max.

Parecía muy contento. En cambio los cuidadores ni siquiera le miraban a la cara.

Vistió el traje de deporte y comenzó a hacer unos rounds con sus entrenadores. Pero de pronto vió el rostro de Lilian que desde la acera, a través de la puerta de cristales, le miraba, y suspendió en el acto el entrenamiento.

—Quítame los guantes—dijo a uno de sus cuidadores.

—¡Pero si no has hecho más que empezar!

—He dicho que me quites los guantes.

—No puede ser. Es preciso terminar el entrenamiento.

Entonces vió Max que Lilian se disponía a continuar su camino, y echó a correr hacia la puerta.

La hizo entrar.

—Espérate. Termino en seguida.



—Espérate. Termino en seguida.

Y repitió, ofreciendo los guantes a sus cuidadores:

—¡Quitadme esto, o la emprendo a golpes con vosotros!

Obedecieron los cuidadores dirigiendo a Lilian miradas rencorosas.

Max se duchó, se vistió rápidamente y salió del gimnasio del brazo de Lilian.

A los pocos momentos llegó el *manager*.

Le explicaron lo que sucedía. Max estaba cada vez más insoportable. No acudía a los entrenamientos a la hora fijada y, a veces, no acudía a ninguna hora. La culpa la tenía aquella maldita Lilian, que conseguiría hacerlo fracasar, cuando tan cerca estaba ya del éxito completo: del título de campeón mundial.

—¡Pues eso se va a terminar en seguida!— exclamó el *manager* con terrible energía—. A mí no me hace quedar en ridículo ese mono. Hoy mismo le diré que elija entre esa mujer y yo.

Y, cumpliendo su palabra, se presentó aquella noche en el cabaret aristocrático, en que sabía que Max se hallaba con su amante.

Lo halló, en efecto, sentado a una mesa junto a Lilian, en el momento en que se llevaba una copa a los labios.

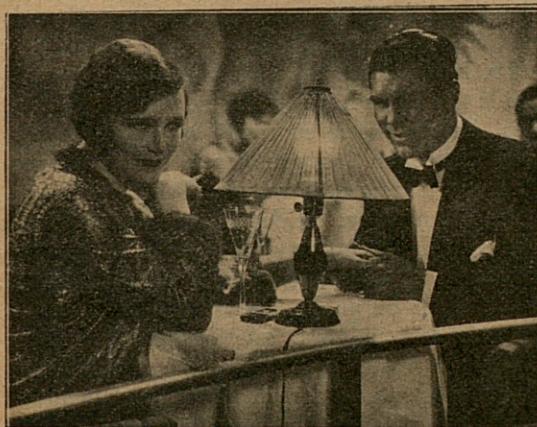
Le quitó la copa y la arrojó al suelo.

Max se revolvió iracundo, pero, al ver a su *manager*, a aquel hombre que le había impuesto siempre su voluntad y al cual se lo debía todo, cambió de actitud.

—Esto ha de terminar en seguida—dijo el *manager* con voz firme—. Se aproxima tu combate con Santa. De ese match saldrá el challenger para el campeonato del mundo. Toda Alemania tiene puestos los ojos en ti. Si tú traicionas a tu público, yo no quiero hacerlo. He aquí mis con-

diciones: Si vuelvo a verte con esta mujer, si vuelves a faltar un solo día al entrenamiento, da por roto mi contrato contigo.

Y giró sobre sus talones y salió del cabaret con paso resuelto.



...en que sabía que Max se hallaba con su amante.

* * *

No se separó aquella noche de Lilian, pero se marchó a casa muy preocupado.

Al día siguiente se encontró a solas con Hilma en el comedor.

Desde que la dulce primita se enterara de las relaciones que mediaban entre Max y aquella mala mujer, sufría enormemente, pero en silencio. No perdía la esperanza de recuperarlo, porque sabía que ciertos amores no son duraderos pero, entretanto, se sentía humillada y avergonzada de su impotencia para arrancar a Max de aquel camino de perdición.

Max había descendido visiblemente. No tenía aquella jovialidad, aquel exceso de energías de antes. Ahora ofrecía su rostro ese color de cera característico en los que hacen vida nocturna. Estaba continuamente excitado. Bebía y fumaba.

Aquella mañana, Hilda tuvo un arranque de valor y le reprochó su conducta. Era impropio de un hombre de verdad sacrificar el porvenir a los caprichos de una cualquiera.

Al oír esta palabra, este insulto, que nadie se había atrevido a proferir en su presencia, Max estuvo tentado por un momento de cometer la suprema villanía, abofeteando a aquella dulce muchacha que había sido su primer amor, pero se limitó a decir:

—Eso es una calumnia.

—Es una verdad como el sol, y espero que no tardarás en comprobarlo.

Max salió de la casa hecho una furia. Las palabras de su prima se habían clavado en su pensamiento como puñales encendidos. Sintió la necesidad de hablar inmediatamente con Lilian, de pedirle explicaciones, y se dirigió hacia aque-

lla casa que tantas noches había sido su nido de amor.

Quedó estupefacto al oír una voz de hombre en el gabinete de Lilian. Empujó la puerta y los sorprendió en una actitud tan íntima que le fué imposible seguir dudando.

El caballero fué arrojado de la casa a punta-pies. Lilian echó mano de todos sus mimos y de todos sus recursos para convencerle, pero la respuesta de Max fué una mezcla de repugnancia y desdén.

* * *

Se iba a celebrar el gran match. Max contra Santa. La expectación era enorme. Toda Europa estaba pendiente de aquel combate decisivo que podía traer al viejo continente el campeonato del mundo.

El *manager* y los cuidadores de Max estaban silenciosos y cabizbajos. Estaban casi seguros del fracaso de su héroe, cuyos entrenamientos puede decirse que no duraron más de una semana.

En una silla cercana al ring estaba Hilda. Al otro lado se hallaba Lilian.

Desde los primeros momentos el match se inclinó del lado de Santa, haciendo temer a los partidarios de Max un rápido desenlace. El germano iba de un lado a otro aturdido por los golpes del contrincante y el gongo le salvó de una caída en el primer round.

Sin embargo, no había la menor huella de desaliento ni desconfianza en los ojos de Max. Al contrario, miraba a Santa desde su rincón con una fijeza desconcertante. Era como si el castigo recibido en el primer round hubiera estimulado aquella fiera, aquella valentía que era la cualidad más admirable de Max.

En el comienzo del segundo asalto, un formidable golpe de Santa hizo caer al alemán; pero cuando ya todos creían que aquello era el principio del fin, Max se levantó de un salto y contraatacó con tal ímpetu, que ahora fué Santa el que retrocedió a las cuerdas, cubriéndose desesperadamente.

Una formidable y arrolladora energía había nacido en Max. El gongo salvó a Santa, pero en el asalto siguiente todo el público comprendió que nada le salvaría. Los brazos de Max, convertidos en una mortal catapulta, golpearon a Santa hasta que éste cayó para permanecer en la lona durante más de diez segundos.

El público bramaba. Era un júbilo atronador y desbordante que debía de repercutir en toda la ciudad. En cuanto al *manager* y a los cuidadores, se miraban estupefactos, sin poder dar crédito a lo que acababan de ver. Era demasiado hermoso para creerlo.

Antes de bajar del ring, Max recibió dos ramos de flores. Uno grande, magnífico, con la tarjeta de Lilian, y otro pequeño, insignificante, con la tarjeta de Hilda.

Y Max regaló el grande a Santa y bajó del ring con el pequeño.

* * *

Estaba Hilda en la puerta del cuarto, sin atreverse a entrar, cuando llegó uno de los cuida-



—K. O. matrimonial.

dores de Max con una gran bandeja en la que llevaba un ponche para el héroe.

Como la ponchera le impedía ver, abrió con el pie la puerta y avanzó empujando a Hilda, la cual, cuando se vino a dar cuenta, estaba, no sólo

en el interior del cuarto, sino en los brazos de Max.

Y oyó que Max le decía:

—He vencido por ti. Cuando supe que aquella mujer era mala, me convencí de que no la quería. Y entonces me dí cuenta de que te quería a ti. Me dije: ¿Qué haré para que me perdone? Y una voz interior me dijo: "Gana el combate y preséntate a sus ojos como Max el digno, valiente, invencible, que fuiste siempre."

Y entonces se oyó una voz que contaba:

—Uno... dos... tres...

Era el *manager* de Max, el cual, al llegar a diez, exclamó:

—K. O. matrimonial.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarrios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

Sea usted coleccionista de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA MODERNA

Continuación, como segunda época, de la más popular de las novelas cinematográficas, transformada

Portada a todo color,

Bella postal-regalo.

Precio: 25 cts

Números publicados:

Amor audaz

Bandido por excelencia

Tenor y Tenorio

La evadida

Amor

La indomable

Alta sociedad

El último de los Vargas

Los dos últimos éxitos de

Alfonso Vidal y Planas

La Vida, el Deseo y la Víctima

(Novela, 5 pesetas)

Ediciones ADÁN Y EVA

El loco de la masía

(Obra teatral, 1'50 pesetas)

Grandioso éxito de la nueva colección

ESTRELLAS DEL AMOR

Biografías noveladas de las grandes amadoras de la Historia

Número 1: La Du Barry

> 2: Mesalina

Esta semana: Lucrecia Borgia

Formidable éxito de

La Novela Cinematográfica del Hogar

Aparece con gran éxito todos los sábados.

48 páginas de amena y sana literatura.

Postal-regalo en bicolor

Precio: **30 céntimos**

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551
BARCELONA